

*A Vicky, hermana mayor, y a Santi, hermano pequeño,
también protagonistas de una bonita historia.
A Binta, por guardar el secreto hasta que pudimos
contarlo.*

Agradezco la lectura atenta de Gloria Fernández Rozas y
Marisa Mañana, cuyos comentarios contribuyeron a hacer
este libro tal y como es.

Camila Monasterio

Camila Monasterio

La señora Chatarra



© 2025 del texto: Camila Monasterio
© 2025 de la ilustración: Ignasi Blanch
Primera edición: noviembre de 2025
Corrección: Sara Nicolás
Maquetación: Volta Disseny
© 2025 Takatuka SL, Barcelona
www.takatuka.cat
Impreso en Novoprint,
Sant Andreu de la Barca (España)
ISBN: 979-13-87718-12-1
Depósito legal: B 19152-2025



Con ilustraciones de **Ignasi Blanch**

TakaTuka

Puede que la ciudad de esta historia sea la ciudad en la que vives tú. Puede que no lo sea, aunque tal vez se le parezca. La ciudad donde ocurre lo que vas a leer es una gran ciudad, de esas que se proyectan desde el cemento para rascar la barriga del cielo, pero que también excavan túneles por los que se deslizan vagones subterráneos. Es como un hormiguero gigante, abarrotado de edificios de varios pisos, cada uno con sus ventanitas, puertas y habitaciones. Si miras por esas ventanitas, podrás ver que todas las casas están llenas de gente.

Justo detrás de esa ventana en la que te has fijado, está Lili, la hermana mayor. Es famosa por su genio. La chica tiene mucho carácter, siempre con ganas de emprender alguna misión. Pero mejor no la llames cabezona, porque dará una patada al suelo y dirá: «¡Soy justa, no cabezona!». A su lado está Puk, el hermano pequeño, casi siempre con su imaginación volando por los aires. Como ahora, ¡mira lo que hace con esos muñequitos! Y dos calles más allá vive Susi. Si abrieras la ventana de su cuarto, la oirías hablando sola; tiene unas ocurrencias increíbles.

Lili, Puk y Susi son muy amigos. Van a la misma escuela y el barrio donde viven es su territorio de juegos. Conocen bien los caminos, igual que los caminos los conocen a ellos. Aceras y bancos tienen las huellas invisibles de sus aventuras. El pavimento grabó sus pasos, y podrían recorrer cualquier itinerario con los ojos cerrados. De casa al cole. Del cole a la tienda de chuches. De la tienda de chuches al parque.

Leyendo este libro tal vez acabes pensando que también tú conoces a sus protagonistas, o que al menos te suenan de algo. Apenas suman veinticinco años entre los tres y, aunque todavía no lo saben, están a punto de hacer un increíble descubrimiento.

Aquel era un día como cualquier otro.

II

Era por la tarde y los hermanos estaban en su cuarto escogiendo los juguetes que llevarían al parque. No tenían muchos, así que siempre acababan eligiendo sus favoritos. Lili cogió a Mimorá, un cocodrilo que le habían comprado en un mercadillo. El tiempo había apagado el brillo de sus escamas de plástico verde y la boca se le abría demasiado; tanto, que al bicho se le salía el cráneo y la mandíbula superior, como si fuera un sombrero, dejando su lengua al descubierto. Puk eligió el caballero Cazatroles, cuya armadura y cabeza colgaban de manera penosa, bamboleándose sin ton ni son. Además, el brazo no blandía espada alguna, sino que más bien parecía desesperado por parar un taxi.



Agarraron sus muñecos y corrieron hacia su madre, que resoplaba en la cocina intentando cortar el pollo con el cuchillo más grande que jamás habían visto.

—Mamá, ¡nos vamos al parque! —exclamó Lili entrecerrando sus ojitos rasgados tras sus gafas de color sandía.

—¡Sí! ¡Nos vamos! —confirmó Puk, que era el eco de su hermana mayor, aunque subiendo el volumen. Esto era algo que ocurría a menudo, ya que Puk solía revolotear cerca de Lili, listo para apoyar sus iniciativas.

¡Pam! Un golpe de cuchillo los sobresaltó y atrajo su atención hacia el pollo que les serviría de cena y que su madre estaba descuartizando.

—Mami... Mmmm...

Lili trataba de concentrarse en lo que iba a preguntar mordisqueando la punta de un mechón de pelo, como hacía siempre que estaba nerviosa, pero no acababa de conseguirlo. Lo de aquel pollo era tremendo. Observó el pequeño cuerpo de su madre ejecutando la tarea con movimientos cortos y precisos. Su dulce mamita se había transformado en una guerrera *ninja*.

—Mami —Lili consiguió volver a lo importante—, ¿me compras... otro cocodrilo? Mimorá ya está muy viejito.

—¡Sí! ¡Y a mí otro caballero, uno matagigantes! —se sumó Puk, con el pelo tan tieso que parecía que daba calambre.

¡Pam! Ambos saltaron a la vez con el golpe final del cuchillo.

Con diligencia, su madre se lavó las manos y se las secó con un delantal de flores. Se volvió hacia ellos desplegando una constelación de pecas mientras sonreía. La *ninja* había desaparecido.

—Hijos, no tenemos dinero para más gastos. El año que viene, tal vez —les respondió besando esas cabezas llenas de deseos—. Por el momento, habrá que esperar. Además, ¿no son maravillosos Mimorá y el Cazatroles?

Ya sabéis que la gente mayor es capaz de tocar con destreza, y en el momento adecuado, determinadas teclas: la de la vergüenza, la del cabreo, la de la risa... El caso es que la madre de Lili y Puk era buena apretando la tecla de *todo está bien*. No siempre, claro, pero esta era una de las veces. Así que los hermanos sonrieron con los ojos chispeantes. Su mamá tenía razón, sus muñecos eran fantásticos.

Salieron volando por la puerta y, mientras se despeñaban por las escaleras, Puk preguntó casi sin aliento:

—¿Y si están ellos, Lili?

Su hermana se paró en seco antes de salir del portal y respondió:

—Ya lo has oído, Puk: ¡ma-ra-vi-llo-sos! ¡Y si no, que se lo explique nuestra mamá *ninja* después de hacer el número del pollo!

Y las risas de los dos resonaron por las paredes antes de que la puerta se cerrase con un estruendo metálico.

III

Pasaron a recoger a Susi por su casa y, cuando llegaron al parque, ocurrió lo que se habían temido.

—¡Eh, atención, Caramoco y sus *pringaos*! ¡Y vienen con el cocodrilo zombi y el caballero Cabezabuque! —les dijo un chico mayor entre risotadas cuando los vio aparecer.

—¡Calla, bocazas! —respondió Lili.

No había cosa que le diera más rabia a Lili que las injusticias. Creía firmemente que los niños mayores no tenían derecho a reírse de los pequeños. Y mucho menos por que sus juguetes estuviesen viejitos. Hervía por dentro cuando se metían con ellos. En momentos así, solía coger uno de los mechones de pelo negro que le caían por los hombros y se lo metía en la boca. Y eso es lo que estaba haciendo justo ahora: mordisquear su pelo mientras los miraba fijamente con las gafas empañadas por la furia.

—Pasa de él, Lili. Ya sabes lo idiota que es Javi. —Su amiga Susi sabía cómo calmarla. La arrastró cogiéndola del brazo con suavidad—. ¡Vamos a la lanzadera!

Así es como llamaban al tobogán. Desde lo alto, precipitaban sus muñecos haciendo carreras y choques.